

ARTICULO PARAMEDICO

MEDICINA Y HUMANISMO

Dr. Humberto J. Notti

Como proemio de esta conferencia he insertado una frase del profesor Dr. Jorge Orgaz: "Llegamos a la medicina con desigual proporción de las esencias que integran la vocación: a) curiosidad ante lo desconocido y lo problemático del hombre, de la vida y de la muerte abstractos, en procura de saber; b) comprensión de los mecanismos que enferman o matan y sanan o alivian, concretos, en procura de curar; c) misericordia para sentir al que sufre y acompañarlo con presencia, confianza o consuelo, en procura de asistir. Así llegamos y así somos médicos, incapaces de la unidad armoniosa y jerarquizada del saber, el curar y el asistir simultáneos. Vocación de asistir: ésta es la esencial. Sin ella no hay médico ni medicina verdaderos. La de saber y la de curar aisladas, son frustraciones: vocaciones inmaduras, sin adultez ni plenitud."

Empezaré por agradecer cordialmente la alta distinción que me habéis brindado para ocupar esta prestigiosa tribuna, de esta Honorable Academia Nacional de Medicina que nació poco tiempo después que nuestra querida Patria, a la cual sirvió permanentemente con amor, veneración y patriotismo.

El drama que vive el mundo actual en todas sus expresiones, es la tragedia de la formación del hombre y, por lo tanto, no ha podido quedar indemne nuestra "Alma Mater", la medicina, que, según muchos caracterizados colegas y escritores de toda índole, vive una profunda crisis espiritual, por lo cual considero que somos fundamentalmente nosotros, los médicos, las sociedades y academias que los agrupan, como asimismo las universidades, los encargados de evitar por todos los medios que nuestra profesión siga sufriendo las consecuencias de una enfermedad por autoagresión, tan en boga en la patología actual.

Interpreto que es, por lo tanto, muy importante luchar para mantener bien alto el nivel espiritual y científico de la profesión, especialmente los morales, que debe reunir el protagonista por antonomasia en la lucha eterna y sin tregua contra el dolor, la enfermedad y la muerte.

El insigne maestro Dr. Edigio S. Mazzei dice que "no hay acuerdo sobre lo que debe entenderse en el momento actual como humanismo", pero a renglón seguido reproduce palabras de Loudet, quien manifiesta: "Humanizar el hombre no es otra cosa que espiritualizarlo, elevarlo del barro de los instintos hacia la región luminosa de las verdades eternas".

Considero, pues, que contribuye a la formación humanística del médico hacerles conocer la labor de los esforzados y sacrificados maestros, con pasta de héroes, que dieron base a la esplendorosa y eficiente medicina actual, pues representa una forma de retribuir modestamente a esos arquetipos de universitarios benefactores, por los valiosos e inestimables servicios prestados con amor, a una humanidad sin fronteras, al mismo tiempo que conociéndolos se transforman en paradigmas de sus legatarios, que es la especie humana en su totalidad.

Por supuesto que no es mi intención hablar sobre historia de la medicina, pero sí hacer, a manera de prólogo de esta exposición, una brevísima síntesis de algunas conquistas claves hechas a través de los siglos en favor de la salud y bienestar del prójimo, en su condición de persona humana.

Sus actores, modelos de hombres que hacen honor al hombre, son auténticos humanistas, pues sus conquistas desinteresadas, sacrificadas y trascendentes son expresión de sus excelsas virtudes al servicio de sus semejantes.

No es posible precisar, ni siquiera dentro del período histórico de la humanidad, el momento en que aparece la medicina, sin embargo, todo indica que ya desde mucho antes de esa era, el hombre, mostrando profunda preocupación ante su dolor, enfermedad y muerte, buscó tenazmente librar-se de esos azotes. Al principio fue por el camino de la magia y la hechicería, ya que el hombre primitivo consideraba a los mismos como capricho de los dioses o de los espíritus. Cuatrocientos sesenta años antes de Cristo, Hipócrates mostró que podían reconocerse y tratarse las enfermedades por la observación y la experiencia. La medicina moderna agregó a esos métodos los conocimientos científicos y experimentales, lo que logró incesantes y rápidos adelantos, hasta conseguir todo lo extraordinario que hoy tenemos.

En la antigüedad, los cirujanos llegaban, en su arte, cuando más a ser componedores de huesos, habilitados para detener hemorragias, reparar heridos, abrir colecciones purulentas, extraer cálculos de la vejiga y amputar miembros, que dominaron muy bien en el siglo XVI gracias al descubrimiento de la ligadura de las arterias por Ambrosio Paré, que reemplazó así a la cauterización, hasta entonces el único medio para detener hemorragias.

Nunca esta actividad dejaba de exigir condiciones en quien la ejercía, pero estaba relegada al rango de un simple arte, y es sólo a partir de 1745 que levanta su nivel a una profesión científica, gracias al trabajo experimental y de observación, en base a un gran espíritu deductivo del fisiólogo y cirujano inglés John Hunter, quien sienta los cimientos firmes de la fisiopatología.

En el siglo XIX su discípulo James Paget profundiza las bases de la fisiopatología y la cirugía.

Rudolf Virchow, de Berlín, creador de la doctrina celular, demostró que toda estructura morfológica está en las células.

Ya con estos elementos todo cirujano diplomado estaba habilitado para el ejercicio de su arte y de su ciencia, con las demostraciones de competencia en el dominio de la anatomía humana y de la fisiología normal y patológica, y con los recursos del instrumental afanosamente mejorado y de la técnica quirúrgica, en progreso cada día.

Siguen jalones imperecederos en el progreso de la cirugía. En el Hospital de Massachusetts, el 16 de octubre de 1846, el odontólogo Morton, siguiendo los consejos del químico Jackson, administra éter a un paciente que operará Warren.

Posteriormente, Lister, en 1867, sienta las bases de la antisepsia. Con todo esto ya se habían dado pasos firmes para derrotar tres obstáculos extraordinarios en la tarea del cirujano; la hemorragia, el dolor y la infección. Ello fue la iniciación en permanente perfeccionamiento hasta llegar a las magníficas hemostasias, a las asombrosas anestias y a la rigurosa asepsia y antisepsia del momento actual.

Como un sueño maléfico y aterrador había pasado otra etapa de la historia de la medicina y de la humanidad: la de los tormentos quirúrgicos con graves riesgos de muerte.

Lamentablemente no me puedo ocupar de tantos otros héroes que en el silencio del laboratorio, quirófanos, salas de hospital y de autopsias, han levantado el maravilloso edificio de la medicina de hoy, pero recordaré algunos nombres de médicos y no médicos, que han hecho posible ese progreso incesante: Pasteur, químico, fundó la bacteriología, hizo posible la cirugía y la higiene; Fleming, bacteriólogo, y Florey, fisiólogo, descubrieron los antibióticos; el físico Roentgen descubrió los Rayos X, y los físicos Curie el radio; y en los últimos años un número imposible de nombrar de auténticos benefactores de la humanidad nos han dado la hibernación; la psicoterapia y los psicofármacos; la circulación extracorpórea; la energética celular; los trasplantes de órganos; la patología a nivel molecular; los antiinflamatorios; las extraordinarias adquisiciones sobre genética, inmunología, enzimología; los progresos sobre homeostasis; los radioisótopos; la electrónica, que dentro de la medicina constituye una verdadera ciencia, y tantos otros y trascendentales aportes al servicio del médico y de la salud del hombre, que dada la brevedad del tiempo de que dispongo no podré citar, pero, sin embargo, os ruego que me permitáis decir algo más a propósito de historia de la medicina, por considerarlo gráfico y simbólico.

Si tomamos al azar un ejemplo, el tórax, ese recinto donde el corazón y los pulmones obedecen y mandan, y recordando sólo algunos nombres de grandes e intrépidos genios, comprobaremos que se necesitaron algunos siglos para lograr los éxitos que admiramos absortos, arrancándoles los secretos escondidos en ese cofre intocado hasta comienzos del siglo XX, pero para llegar a ello, cuántos fracasos, cuántos investigadores anónimos, cuántas esperanzas realizadas o frustradas, cuántas horas, días, meses y años de esfuerzos ininterrumpidos, cuántos renunciamientos y cuántas noches de insomnio, preocupaciones o angustias.

Empezaré con el malogrado español Miguel Servet, que en el siglo XVI descubrió la circulación pulmonar de la sangre.

Leopoldo von Auenbrugger (Viena, 1722-1809), en un momento de grandes avances en la medicina con la experimentación fisiológica y la observación microscópica de los tejidos, sigue haciendo medicina hipocrática, quedándose al lado de los enfermos en el hospital, y con una obsesión maniática de percutir y percutir, "ora fuerte, ora suave, a propósito siempre, con la actitud de un transmudador inteligente del sonido, las resonancias, la resistencia con que responde al cuerpo

el intencionado interrogatorio de las manos tenaces, de los dedos curiosos. Se ve que quería penetrar al hombre, compenetrarse de él para ayudarlo en el dolor y, en la enfermedad, curarlo." Este maniático que descubrió la percusión fue ridiculizado en su época y olvidado, hasta que, 40 años más tarde, Corvisart, médico de Napoleón, advirtió al mundo sobre la obra de Auenbrugger. Casi al mismo tiempo, Laennec descubre la auscultación. En el glorioso Hospital Necker de París, en la vieja pared que da a la calle, existe una placa que tiene la siguiente inscripción: "Dans cet hôpital Laennec découvrit l'auscultation, 1781-1826".

Roentgen (1845-1923), más de un siglo después, descubre los rayos que llevan su nombre, que con las nuevas técnicas y avances nos permiten contemplar *in vivo*, todos los órganos, aparatos y sistemas, con una realidad y belleza que asombran y conmueven.

Refiriéndome a la cirugía intratorácica sólo citaré algunos nombres.

Ferdinando Sauerbruch. Cuenta Aráoz Alfaro que en una entrevista entre Mickulicz, gran cirujano de Breslau, ya gravemente enfermo, y Sauerbruch, aquél le preguntó: "¿Qué sabe usted hacer?" A la respuesta de que era "un principiante", díjole: "Quédese aquí como asistente mío", y luego agregó: "Desde que Dios ha hecho a los hombres, no se ha podido abrir el tórax a uno de ellos sin que muriera. Debe haber alguna posibilidad, piense en ella." A Sauerbruch se le ocurrió una idea: la de hacer una cámara de baja presión donde pudiera operar herméticamente, estando la cabeza y el cuello afuera, a fin de que la presión atmosférica no colapsara el pulmón. Operó así a varios animales que murieron. Fracasos y éxitos se sucedieron hasta que a fines de 1904 un hombre fue intervenido con éxito. ¡La cirugía intratorácica comenzaba!

Forsmann, en 1929, introdujo un catéter en el corazón y desde entonces se han hecho verdaderas filigranas utilizando esta técnica.

La primera y principal experiencia clínica amplia de angiocardiografía y aortografía corresponde a los cubanos Castellanos, Pereiras y García en 1937.

Gross, al ligar primero, y después seccionar y ligar el conducto arteriovenoso, inició el camino de la cirugía cardiovascular contemporánea.

Blalock, cirujano, ideó, juntamente con la Dra. Taussig (pediatra), la creación de un conducto arteriovenoso artificial para el tratamiento de la tetralogía de Fallot, con lo que obtuvo grandes éxitos.

A fines de 1968, Christian Barnard, médico sudafricano, conmueve al mundo con la noticia de que había trasplantado el corazón de un hombre a otro, quien vivió 18 días.

A comienzos de enero de 1969 hace la segunda operación, trasplantando al cirujano dentista Philip Blaiberg el corazón de un obrero negro que sufrió una hemorragia cerebral gravísima.

Esta segunda operación, señores, simbólicamente pareciera un golpe asestado por la cirugía a la discriminación racial, religiosa y generacional al conseguir que el corazón de un joven negro, anglicano, de 24 años, latiera durante diecinueve meses y medio, dentro del tórax de un hombre blanco, judío, de 60 años, prolongándole la vida.

La madre de ese joven, con una profunda filosofía y posiblemente inocultable amargura, dijo a la prensa: "Nos trataron como si fuéramos blancos".

No haré hincapié sobre todo lo otro que se ha hecho dentro del tórax: esófago, pulmones, conducto torácico, aorta, broncoscopia, etc., etc., por considerar que aquellos breves comentarios han servido, a mi modesto entender, a ejemplificar cuánto esfuerzo y solidaridad humana se han puesto y se siguen poniendo por parte de los hombres de ciencia, para hacer más dulce y placentera la vida, tratando de darle solución a sus más complejos y acuciantes problemas de salud y bienestar.

El opulento tronco de la Medicina, nutrido por todas las ciencias y la tecnología actual, se ha dividido para su más profundo estudio y aplicación, y para mejor cumplir su misión de servicio, en cuatro vigorosas ramas: la medicina preventiva, curativa, rehabilitativa y social, y todas y cada una de ellas, han hecho progresos extraordinarios con el fin de promover, conservar o recuperar la salud perdida.

Diré muy poco sobre las mismas:

1) La **medicina preventiva**, de la defensiva que era su manera de actuar, ha pasado al ataque, a la ofensiva. Avanza delante de las enfermedades para evitar su aparición. Ha cambiado la estrategia y la táctica con beneficios incalculables. No hablaré sobre saneamiento, vacunas, agentes vectores, etc., por ser muy conocidos, pero me referiré sucintamente a un inusitado ejemplo dentro de nuestra profesión.

En 1940, Landsteiner y Waber descubrieron el "factor Rhesus", que provocaba la eritroblastosis fetal, que dejaba como saldo gran cantidad de niños muertos o gravemente lisiados, además de angustiosas frustraciones de madres a quienes se les negaba un hijo sano. Poco tiempo después de descubierta la enfermedad se encontró su tratamiento: el recambio sanguíneo, y desde hace una década ya tenemos la inmunoglobulina humana anti Rho (D) que impide la incompatibilidad madre-hijo.

El hecho insólito consiste que en sólo un cuarto de siglo de haberse descubierto la enfermedad, ya ha sido derrotada.

2) **Medicina curativa.** Ya sea por métodos cruentos o incruentos, sus valiosas conquistas asombran día a día. Cirujanos e internistas se necesitan mutuamente; los dos tienen armas poderosas, los dos tienen territorios comunes y diferentes, los dos tienen el mismo valor científico y moral.

3) **La medicina rehabilitativa** nació después de la primera guerra mundial, con el fin de hacerles a los lisiados el sitio perdido en la vida.

La rehabilitación ha sido definida como la restauración del individuo incapacitado a la más completa utilidad física, mental, vocacional, social, y económica de que pueda ser capaz.

La filosofía de la rehabilitación se basa en la dignidad de la persona humana, y en el derecho de que como tal le cabe obtener una vida personalmente satisfactoria y socialmente útil, sin distinción de raza, credo religioso o color político.

El quehacer eminentemente dinámico del proceso rehabilitativo se realiza mediante el aporte de varios y distintos técnicos: médicos, psicólogos y psiquiatras, fisioterapeutas ocupacionales, fonoaudiólogos, maestros y asistentes sociales, los que se integran en "equipo de trabajo", presididos por un fisiatra.

Es importante destacar el concepto de integración. No se trata de "sumar" los servicios y tratamientos de los distintos profesionales del equipo, sino de coordinar y adaptar las técnicas de cada uno con miras al objetivo final, que es en todo momento restaurar al lisiado para lograr así la rehabilitación integral.

4) **La medicina social.** No es un aspecto nuevo de la medicina, pero en la actualidad con su ciencia, su técnica y su gran dosis de amor, está moviendo el mundo, siendo inseparable de la vida misma de los pueblos.

La medicina toda es cada vez más social, por lo cual los médicos y técnicos de la salud son, fundamentalmente, agentes de cambio, pues deben conocer, además de su profesión, los factores económicos, sociales, culturales, etc., que tiene relación directa con la salud y la vida de los hombres y las colectividades.

Hemos visto en forma por demás somera el avance y realidades de la medicina. Digamos ahora algo sobre su principal protagonista, el médico, que en el mundo actual ocupa un lugar de privilegio y avanzada, no sólo en la vigorosa e ininterrumpida lucha contra el dolor, la enfermedad y la muerte, y en procura de cuidar y promover la salud somática, psicoemocional y social, sino como líder, junto a los docentes, en el progreso, desarrollo y bienestar de los pueblos. En este sentido tiene cada día más vigencia la frase de Homero durante el sitio de Troya: "Pues es un médico, un hombre que vale por muchos hombres".

Descartes, en el siglo XVII escribió: "S'il est possible de perfectionner l'espèce humaine et de la faire entrer dans les voies de la véritable civilisation, c'est dans la médecine qu'il faut en chercher les moyens".

Hoy más que nunca, el médico puede y debe cumplir esa tarea de privilegio y trascendencia que le exigen su conciencia y la sociedad toda, pero para ello debe poseer una personalidad equilibrada y armónica, donde a los conocimientos profesionales, debe sumar una gran cultura y humanismo, adquirido desde el hogar y en todas las etapas de su crecimiento y desarrollo, hasta el fin de sus días, evitando así que se deterioren las bases y principios ético-sociales sobre los que reposa la autoridad del médico y de la medicina.

Debe existir una definida y mística actitud mental del profesional, para comprender que la relación médico-enfermo se lleva a cabo entre dos personas insertadas ambas en una comunidad, evitando así amputar artificialmente los vínculos que ligan al enfermo y al médico a la sociedad a que ambos pertenecen. La labor del médico, por lo tanto, tiene gran contenido humano y social, y no es una simple y pura conjunción de dos personas individuales.

El médico es un hombre que debe estar al servicio de la sociedad, pero si hablamos de hombre, hablamos de humanismo, pues como bien dice el Rvdo. Padre Prof. Dr. Juan Sepich, cada generación puede y debe preguntarse qué es para ella el humanismo, y responde: "Todas las preguntas formuladas al respecto en la historia, pueden expresarse en una sola: qué es ser hombre". Esta pregunta tiene una respuesta: ser hombre equivale a ser consciente y responsable.

Estos dos excelsos valores inherentes y exigidos a todos los hombres, significan un reto singular y superlativo para el médico, por la jerarquía y trascendencia del apostolado que ha jurado cumplir, y por el compromiso contraído con la comunidad toda.

Algunos autores hacen surgir el humanismo en el mundo con el "Renacimiento" en Florencia, después de una larga gestación histórica; ahí el mundo occidental luce integrado y propicia la aparición de un nuevo ser humano: el "renacentista", es decir el "humanista"; este hombre tiene una nueva mentalidad, no endiosa la grandeza humana ni desprecia la debilidad, cree en las inmensas posibilidades de la mente y de la sensibilidad; entiende la vida y la disfruta en plenitud; ama la ciencia, el arte, la literatura; se aventura por todos los caminos sin inhibiciones ni temores.

El humanismo no es estético ni tiene una generación espontánea, "es expresión de lo mejor del hombre en cada momento de su historia", por lo cual debemos preguntarnos qué es hoy el humanismo, en la edad de la ecuación ciencia-industria-técnica, que maneja masas humanas y no solamente individuos, donde todas las conquistas han contribuido a que no sea el hombre de la fe ingenua, sino de la crítica emancipada.

En este momento de la modernización, de fundamentales y profundos cambios en el mundo y en el hombre, nos toca actuar, como médicos, a los que nos corresponde ofrecer testimonio fehaciente de la vigencia del humanismo y al mismo tiempo promoverlo, evitando por todos los medios dar la razón a los spenglerianos, augures de la inevitable declinación espiritual de occidente.

Hemos dejado ya muy lejos el concepto de que el cuidado de la salud era pura beneficencia, y se ha creado la general conciencia del derecho del hombre a la salud integral.

El instrumental cada vez más perfecto y eficiente, y la socialización de la medicina, que con nombres diversos se impone cada día más y más, lleva a separar y enfriar la relación médico-enfermo. A esa separación nos debemos oponer con todas nuestras fuerzas.

A pesar de la nueva reagrupación del hombre con el calificativo de "masas", el médico no puede ni debe dejar de atender individuos, personas humanas, con su dignidad de hombres, si no queremos fracasar en nuestra obligación de "asistir", pero para ello el médico debe tener, además de gran cultura y preparación profesional, un gran amor y respeto por sus semejantes que vienen a buscarlo, teniendo en cuenta que siempre el enfermo es un necesitado, cualquiera sea su status social y económico.

En esta época de la modernización en que el hombre agrega entre otras muchas cosas una dimensión cósmica a su vida, si quiere vivir con vigor y virtud no debe perder su dimensión de "profundidad", donde el espíritu y la voluntad señorean y disponen, huyendo así de la frivolidad, que parece ser el sino de nuestro tiempo.

El Padre Sepich, filósofo y humanista excepcional, con palabras que son como un bálsamo, nos habla de esa dimensión de profundidad, y dice: "Nuestro tiempo no es un tiempo sin perspectiva, sin destino ni empresa; la tiene y muy alta: la de esa profundización de su ser humano en su dimensión mundana y en su dimensión trascendental; en su ser están las simientes de la dignidad, de la libertad, de la personalidad responsable, de la conciencia de solidaridad, y la cifra de humanidad que es su sello inconfundible."

"Si el hombre de hoy realiza esa cifra, puede sentarse sin rubor al lado de los grandes humanistas que en el mundo hubieron."

Considero, señores, que la Universidad tiene obligatoriamente una preeminente e irrenunciable misión para cumplir, si queremos evitar que la dimensión de profundidad del hombre siga siendo ampliamente superada por la de frivolidad, que según el filósofo Julián Marías es la característica en España e Hispanoamérica. La universidad debe ocuparse de la formación integral del hombre, y no solamente dedicarse a conferir grados académicos y títulos profesionales.

No olvidemos la frase de Letamendi: "El médico que sólo sabe de medicina, ni medicina sabe".

Si tenemos en cuenta que lo espiritual es imperecedero, comprenderemos que el médico, que maneja la más vasta de las ciencias y la más noble de las artes, debe actuar como un hombre total, no en el ejercicio de un oficio, sino en el desempeño de una misión; no viendo únicamente el caso clínico, sino el caso humano, no haciendo la medicina de la especie, sino de la persona, considerando como un fin en sí misma, y no como un medio.

Vivir al servicio de nuestros semejantes; esa es la grandeza por antonomasia del médico.

Servicio y asistencia es nuestra tarea y preocupación diaria, irrenunciable, la que da categoría casi divina a nuestra profesión.

Asistencia es una actitud humana, es un apostolado, y tiene su fin en el bien del asistido y su misión es servir. No es una actitud puramente afectiva, sensiblera, sino que el médico supedita su propio interés en la persona que asiste, pues su objetivo es el bien del semejante.

"Asistencia" del latín *ad-sistere*: detenerse junto al otro, pero la proximidad debe ser comprensiva y solidaria. Estamos al lado de un amigo, de un ser que amamos, de una persona. La asistencia según este concepto, adquiere contornos humanos, pues es servicio y también cooperación, es decir un obrar conjuntamente, con buena voluntad, con fraternidad.

En el siglo en que vivimos de los paseos en automóvil sobre la superficie selenita, de la era atómica y espacial, en que el encantamiento avasallador del automatismo de la máquina ejerce embriagadora presión sobre el hombre, en que las conquistas del macrocosmos sideral y del microscopio celular nos encandilan y dejan absortos, en que es posible crear en el laboratorio formas primitivas de vida, etc.; el concepto hombre, ser humano, dignidad humana, pierde en gran medida su trascendente y singular importancia real para la mayor parte de las personas, pero nunca, jamás, puede perderla para el médico. Su tarea debe ser servicio y asistencia, y esa debe ser su mentalidad espontánea, permanente, habitual, si no quiere deshumanizar al hombre y transformarlo en un robot.

Vivimos en una época de grandes y vertiginosas transformaciones, en que el cambio ya ha dejado de ser una opción, y todo eso nos hace perder en parte la imagen del hombre, pero ello ha estimulado a filósofos, médicos, sociólogos, teólogos, psicólogos, músicos, escultores, pintores, literatos, etc., a volver con pujanza, como en la época del renacimiento, a la exaltación de lo humano, a un nuevo humanismo; hemos vuelto a descubrir al hombre y él debe ser objetivo fundamental de nuestras preocupaciones.

Lord Hordar decía que "la medicina exitosa es conocimiento tocado con simpatía". "El enfermo busca siempre en el médico, más que al técnico, al amigo, al semejante que se arrime a él sin intereses bastardos. Le confía el cuidado de su cuerpo y le entrega sin reticencias, tarde o temprano, todas las excelencias y todas las miserias que guarda en los más profundos rincones de su alma. Si no se llega a esta íntima unión espiritual con sus enfermos, no se ejerce la verdadera medicina. Si se consigue del enfermo esta entrega espiritual y no se responde a ello con nobleza, no se le retribuye dándose generosamente, se comete un acto de infidelidad deleznable. El objetivo primordial del hombre que abraza la carrera de médico debe ser el de hacer el bien a sus semejantes; el goce de la gloria, el propósito de lucro, el afán de investigación científica podrán venir después por añadidura, pero nunca deberán ser motivos principales ni estarán en pugna con aquél."

Todo lo dicho demuestra que el más hondo fundamento de la medicina es el amor, pero siempre más amor al hombre que a la ciencia, y que nuestro quehacer diario no es sólo curar las enfermedades, sino fundamentalmente al hombre como un todo armónico y unitario.

Colegas, señoras y señores. Debemos vivir con humilde orgullo y satisfacción el haber elegido nuestra noble profesión de auténtico amor al prójimo, la misma que llevó al insigne Marañón, hombre de cultura excepcional y multifacética, a pedir que en su epitafio sólo figurara lo siguiente: "Gregorio Marañón - Médico".

Dentro de tantas y tan brillantes actividades, sólo la de médico fue la que lo hizo feliz, y le permitió realizar su vida y su vocación.

Y para terminar con esta exposición, recordaré las palabras inscriptas en el escudo de la Universidad Nacional de Cuyo: "En el espíritu está la esencia de la vida", y el mensaje que figura en el magnífico salón de grados de la tricenaria Universidad de Trejo y Sanabria: "Llevad mi nombre al corazón de la gente". Los médicos debemos ser el heraldo de este mandato, que es un legado espiritual; un mensaje de honor, con un gran contenido cultural lleno de infinita solidaridad, al corazón de nuestro prójimo, protagonizando así con nuestro humanismo, la parábola del buen Samaritano.